

**WARHAMMER**  
AGE OF SIGMAR



THE REALMGATE WARS

---

# EL CRISOL DE SANGRE

DARIUS HINKS · C. L. WERNER

timunmas



# **EL CRISOL DE SANGRE**

## **THE REALMGATE WARS**

**DARIUS HINKS · C.L. WERNER**

timun**mas**

Título original: *Hammers of Sigmar*  
Traducción: Simon Saito Navarro, 2019

*The Realmgate Wars: Hammers of Sigmar, The Realmgate Wars: El Crisol de Sangre*, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2015 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK [www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© Games Workshop Limited, 2019.

© De la traducción Games Workshop Limited, 2019. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0627-6  
Preimpresión: Ediciones del Simio  
Depósito legal: B. 14.776-2019

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# ÍNDICE

Stormcast – Darius Hinks	11
Vástago de la tormenta – C. L. Werner	167

# CAPÍTULO UNO

## LORD-CELESTANT TYLOS STORMBOUND

El martillo cae.

La venganza emana de mi garganta y retumba en mi pálida máscara metálica.

—¡Rey Dios! —grito con una voz que ya no es la mía.

—¡Rey Dios! —corean mis hermanos de tormenta mientras la tempestad nos arroja desde el cielo.

El suelo cede cuando aterrizamos, pero a Zarax le da igual el extraño e inconsistente terreno y no se detiene. Me agarro a sus escamas, ciego como un recién nacido. Los demás me siguen de cerca y oigo las pisadas de sus botas metálicas en esta tierra tenebrosa. Desenfundamos las armas, vociferamos juramentos y tomo mi primera bocanada de aire mortal, saboreando su regusto amargo.

La tormenta amaina y quedan a la vista columnas de humo y brasas. Hablo en susurros a Zarax, y mientras él aminora el paso, percibo que los demás se reúnen a mi alrededor. Casi siento lástima por las criaturas que hemos venido a destruir. ¿Quién habría imaginado siquiera un enemigo así?

El humo se dispersa y se atisban indicios de un paisaje torturado. Enfilamos por una reluciente carretera carmesí que parece excavada en un cadáver desollado. La tempestad de Sigmar nos ha depositado sobre

el tajo de un carnicero con trozos de un cuerpo descuartizado y alas rotas que se agitan con frenesí.

Es una visión vergonzosa, pero no aparto la mirada. Debo estar atento, vigilante. Debo comprender cuanto antes cómo es este lugar.

Miro con atención y me doy cuenta de que no es una carretera, sino un puente de carne y cadenas plagado de moscas que se extiende a lo largo de kilómetros antes de desaparecer en una cortina de humo carmesí. Desde el borde veo nubes algodonadas y descubro que estamos a una gran altura del suelo. Los chillidos desgarran el aire y me doy cuenta de que el puente está vivo. Toda la estructura está formada por miles de aves vivas, con los cuerpos destrozados y quemados con hierros calientes y fijados a una malla de cadenas gruesas y grasientas. El hedor de su carne chamuscada me inunda los pulmones. Avanzo por sus cuerpos agitados y oigo su agonía.

Siento ganas de lanzar un rugido atroz, pero reprimo mi furia.

—Adelante —digo, levantándome en la silla de montar y volviéndome hacia mi ejército.

Mi corazón se acelera cuando veo la hueste que comando. La tormenta ha engendrado un ejército dorado. Incluso en esta herida pestilente y sanguinolenta, su aspecto es imponente. Cada uno de sus miembros está recubierto por una armadura radiante que todavía crepita con la furia de la tormenta. Los penachos caen desde resplandecientes yelmos que exhiben los sigilos divinos de Sigmar y de la Ciudad Celestial. Nunca ha existido un ejército con una apariencia tan gloriosa, tan dignificada. Y Sigmar me lo ha confiado a mí.

La vanguardia está formada por un muro sin grietas de Liberators que mantienen los escudos levantados: incontables filas de héroes marchan hacia mí con una sincronía perfecta. Los siguen las unidades de paladines, unos gigantes que empequeñecen incluso a los Liberators, enfundados en panoplias bendecidas y forjadas por un dios. Algunos portan unos enormes martillos que empuñan con las dos manos y que parecen capaces de derruir las murallas de una ciudad; otros blanden armas astadas: largas gujas con relámpagos en las hojas resplandecientes. Mis arqueros divinos ocupan la retaguardia: centenares de Judicators que se mueven con la misma precisión que el resto del ejército mientras flechan sus armas. En lo alto del cielo, nuestros guardianes alados, los Prosecutors, cabalgan la tormenta: radiantes, intocables y más peligrosos que los mismísimos rayos.

Apenas logro contener la risa. Stormcast Eternals: el puño inquebrantable del Rey Dios. Lejos de los salones dorados de Azyr brillamos con mucha más intensidad.

Devuelvo la vista al frente y veo el cielo por primera vez. Una roca lo oculta casi por completo: una gigantesca esfera de varios centenares de kilómetros de diámetro de alguna clase de mineral está suspendida directamente sobre nuestras cabezas. Una mole así, devastada por los astros, solo puede ser una luna traída aquí por voluntad divina. Se mueve hacia nosotros y se desliza entre las nubes arrojando chispas y peñascos. El cielo se agita en su estela como el mar al paso de un barco.

—Lord-Celestant.

Me vuelvo desde la silla de Zarax y veo al Lord-Relictor Boreas. Me cuesta trabajo reconocer el tono seco de mi hermano. Sus obligaciones arcanas han pasado factura a su voz, como lo han hecho con cada una de las partes que lo conforman. Mientras a mí me instruían y me rechazaban en la Ciudad Celestial, Sigmar envió a mi hermano en un viaje por la muerte y el más allá. La eternidad resuena en cada palabra que pronuncia.

A diferencia del resto de nosotros, la máscara de mi hermano tiene la forma de un cráneo descolorido, y no puedo evitar preguntarme qué habrá debajo de ella. ¿Reconocería su rostro si lo viera? A diferencia de mí, él se ha sometido dos veces al fuego de Sigmar. Conoce el verdadero significado de la inmortalidad.

El resto de mis capitanes se mantienen detrás de él en un silencio respetuoso mientras el Lord-Relictor se acerca a mí.

—¿Cuáles son tus órdenes, Lord-Celestant? —pregunta con absoluta formalidad, sin dar ninguna pista de nuestro pasado en común. Lanza una mirada al cielo—. La profecía no era esta. Ninguno de mis augurios vaticinaba que apareceríamos en este puente de aves.

Devuelvo la mirada a la carretera y contemplo las alas que se agitan violentamente y la aberración que pende sobre nuestras cabezas.

—La tempestad no puede haberse desviado mucho de su curso, Boreas. —Sacudo la cabeza en dirección al puente—. Es obvio que enfrente tenemos un enemigo.

De la cortina de humo mana, como si fuera sangre de una herida, una turba de bárbaros vestidos de carmesí que se dispersa por el puente. La luz de la luna permite verlos con una claridad repugnante. Llevan puestos unos dentados cascos de metal rojo y sus musculados torsos desnudos

están llenos de cicatrices. Portan unos repulsivos ídolos de latón y unas hachas altas como hombres, recubiertas de viles sigilos. Todos ellos van envueltos en cráneos y resplandecen con la sangre que los embadurna.

—Son segadores sangrientos —dice una voz preñada de odio—. Por fin esos miserables gruñones recibirán su merecido.

Me vuelvo hacia el guerrero que ha hablado.

—Liberator-Prime, sin disciplina no hay victoria. —Señalo con la cabeza las filas de Liberators que marchan hacia nuestra posición—. Ellos seguirán nuestro ejemplo, Castamon. Enséñales qué es lo que Sigmar espera de nosotros.

Castamon asiente con humildad.

—Lord-Celestant.

Miro de nuevo a los segadores sangrientos. Su estrépito resuena en el aire mientras corren hacia nosotros. Arrastran algo que repiquetea en las cadenas del puente, pero la distancia todavía me impide distinguir qué es.

El resto de los Liberators se detiene en torno a nosotros con la precisión propia de un desfile militar.

Señalo con mi martillo la hinchada luna y alzo la voz para dirigirme a mis guerreros.

—¡Recordad, Stormcasts, nada está perdido! ¡Escudriñad las tinieblas y encontraréis a Sigmar mirándoos desde ellas!

Los guerreros escuchan inmóviles y en silencio, pero percibo las ansias de batalla que irradian sus relucientes armaduras.

—¡Juntad los escudos! —ordenó. Suena un estruendo ensordecedor cuando la vanguardia se coloca en posición. Los cuerpos, los escudos y las armaduras de todos los miembros del ejército se ponen en movimiento al unísono para formar un inexpugnable bastión de sigmarita.

Haciendo un esfuerzo para contener mi orgullo, levanto hacia el cielo carmesí a *Grius*, mi martillo de guerra, que destella a la luz de la luna. Zarax se empina conmigo encima y abre sus fauces de dracoth para lanzar un rugido de pura furia a las nubes. El aire crepita y unos rayos recorren mi armadura como si fueran las patas electrificadas de una araña.

Doy la señal para avanzar y cuando embestimos las líneas enemigas me fundo con mi inexpresiva máscara; me convierto en un instrumento insensible de la voluntad de Sigmar. Arrincono mi ira y mi aflicción. En un segundo plano quedan el fragor de los escudos al golpear las grebas, el tormento del puente y la locura que representa la luna. Solo existe el



instante presente para mí. Siento cómo la larga y lenta trayectoria de mi vida alcanza su punto culminante. He nacido para destruir a estos monstruos con los que ahora me enfrento.

El dorado y el carmesí chocan y se produce una explosión de chirridos metálicos cuando las vanguardias de las dos fuerzas colisionan. Las chispas brillan en la oscuridad, las hachas aporrean escudos y los broqueles machacan armaduras.

Las filas de los Liberators aguantan y les ordeno que avancen. Juntan un poco más los escudos a cada paso que dan y obligan al enemigo a retroceder por el puente de aves. A pesar de que me encuentro varias filas detrás de la línea de ataque, el hedor de los segadores sangrientos, una fuerte pestilencia, más intensa aún que la luna sulfurosa, apenas me permite respirar. Luchan como animales heridos, gruñendo, babeando y aullando mientras se arrojan contra los escudos de los Liberators con la infructuosa voluntad de romper nuestras líneas. Parecen más una estampida que un ejército.

—¡Hacedlos retroceder! —bramo cuando el frenesí de los segadores sangrientos retrasa nuestro avance—. ¡Enviadlos de vuelta a las tenebrosas criptas que los han engendrado!

Los enemigos comienzan a caer abatidos por los relampagueantes martillos, unos destellos dorados que los castigan desde el otro lado de sus escudos y les hacen añicos las armaduras y los huesos. Parece ser que nos haremos con la victoria antes siquiera de que pueda evaluar la verdadera fuerza de mi ejército.

Oigo un alarido de dolor procedente del muro de escudos.

Escruto la multitud a través de las apretadas filas doradas y atisbo a uno de mis Liberators que se ha llevado las manos al cuello. Tiene la armadura destrozada y entre sus dedos corre sangre, mucha. Lo pierdo de vista cuando la falange se cierra en torno a él.

Sus gritos ahogados resuenan en mi cabeza y espoleo a Zarax ávido por acabar de una vez con esos animales. Ni siquiera el dracoth logra avanzar con facilidad por el tumulto, así que arroja un chorro de relámpagos que abre una senda entre las filas enemigas. El olor de carne asada aumenta la intensidad del hedor.

Un segador sangriento salva de un salto el muro de escudos y sobrevuela las cabezas de varias filas de Liberators chillando arrebatadamente mientras asesta tajos con un par de hachas dentadas. Otro Stormcast se tambalea cuando el segador sangriento se estrella contra él.

Antes de que los Liberators puedan responder, un paladín se adelanta con aire despreocupado y descarga el descomunal martillo que blande con las dos manos. Se mueve con una agilidad lánguida, pero su golpe impacta con la potencia de un rayo. El puente se balancea y nos envuelve una luz cegadora. Incluso Zarax se tambalea.

Cuando el resplandor se atenúa, no hay ni rastro del segador sangriento y el paladín ha regresado tranquilamente a su sitio. De no ser por la sangre que corre por el peto de su armadura, no habría pruebas de que la criatura del Caos había existido. Reparo en las marcas del Stormcast.

—¡Retributor Celadon! —grito, disimulando mi orgullo con el severo bramido—. ¡Espera mi orden!

Más perros aulladores logran escalar el muro de escudos y trastornan nuestras impecables líneas. La ira bulle en mi interior y cada vez me cuesta más trabajo no traicionar la impasibilidad que transmiten las facciones de mi máscara, así que agarro uno de mis pergaminos de honor y recito el Juramento de la Transmutación.

Docenas de segadores sangrientos caen bajo los martillos y las espadas de los Liberators, pero también oigo gritos de Stormcasts. Estas criaturas tan nobles no fueron hechas para sucumbir ante estos perros de almas enfermas y mi paciencia comienza a llegar a su límite. La masa de cuerpos es asfixiante. El sudor me empaña la vista y me duelen los músculos del esfuerzo que les exige contenerme.

Cae otro Liberator y toda una sección de escudos cede.

Los segadores sangrientos aprovechan la oportunidad y ensanchan la brecha con una frenética sucesión de hachazos.

Finalmente doy permiso a los paladines para que entren en acción y los guerreros avanzan liderados por los brutales golpes de Celadon.

—¡Cerrad las filas! —bramo, levantándome sobre los estribos de mi silla de montar, para ordenar a los Liberators que recuperen la posición mientras los paladines cargan hacia el enemigo. Los guerreros intentan obedecerme, pero la furia de los segadores sangrientos crece por momentos y pelean sin orden ni concierto. Algo los vuelve locos. Estoy perplejo.

Otro Stormcast grita de dolor y me digo que será el último.

—¡Por el Rey Dios! —bramo, abalanzándome sobre el enemigo desde el lomo de Zarax para unirme a mi ola de paladines.

Incontables filas de martillos se alzan junto a un coro de gritos de batalla.

La lucha alcanza su momento álgido.

Elijo al segador sangriento más grande y arremeto contra él. Unas cicatrices profundas e irregulares le han deformado la cara y unos brazaletes de latón forjados a martillazos se le hunden en los bíceps. Una vida dedicada a la guerra le ha dejado marcas en cada centímetro de su cuerpo. El fragor de la batalla resuena por todas partes, pero yo solo oigo los resuellos de su respiración flemática. Gruñe y babea como un jabalí y asesta un golpe bestial a mi martillo con su hacha.

El impacto sacude mi cuerpo y me tambaleo sobre los talones mientras mido mi fuerza con la suya. Él es pesado como el hierro, pero puedo hacerle frente con facilidad, y después de la embestida del muro de escudos, disfruto de la oportunidad de dar rienda suelta a mi ira. El hedor de su aliento es peor que el de la carne putrefacta del puente. Berrea alguna cosa en su repugnante e ininteligible lengua y reconozco el olor de la carne humana.

Estrello a *Grius* contra su hacha y me regodeo en la sensación que invade mis extremidades recubiertas de sigmarita. Mi cuerpo se siente como un arma nueva forjada en las estrellas. Poseo una fuerza que a duras penas consigo explicarme.

El segador sangriento se recupera y lanza otro golpe, pero yo soy más rápido. Mucho más. *Grius* impacta en la visera del casco y se la arranca con un chorro de chispas y sangre. Su cabeza da una sacudida violenta y él retrocede con la boca abierta.

Enfilo con decisión hacia él, le asesto otro golpe en el mismo lugar y levanto el martillo para repetirlo.

Entonces se echa a reír, se arranca lo que le queda de mandíbula y lo tira al suelo como si fueran las sobras de un plato.

Su acción me resulta tan escabrosa que me quedo parado un momento, solo un segundo, pero lo suficiente para que el segador sangriento me propine un puñetazo en la máscara. Un hierro punzante traspasa la rendija de un ojo de mi yelmo y mi cabeza sale disparada hacia atrás. El dolor se propaga por mi cara y se me inunda el casco de sangre. Retrocedo tambaleándome por el puente de aves que se agitan agónicamente, cegado de un ojo, y estoy a punto de soltar el martillo.

El segador sangriento ríe mientras se abalanza hacia mí chorreando sangre por la mandíbula mutilada.

El dolor aumenta mi velocidad; mi martillo conecta con la parte superior de su yelmo y la sigmarita forjada por un dios le aplasta el casco de latón y le hunde el cráneo.

Mi rival lanza un último gruñido porcino y se derrumba sobre la masa de monstruos.

De un golpe de revés derribo a otro oponente y luego retrocedo para examinar la escena. He desatado una tormenta. Liberados de la masa, los paladines se abren paso a través de los segadores sangrientos como una tempestad, loando a Sigmar a viva voz mientras los rayos recorren sus martillos. Los segadores sangrientos caen como moscas ante la fuerza combinada de Liberators y Retributors. Es una masacre. Mi ejército avanza con la fluidez del oro líquido vertido de un brasero. En cuestión de minutos hemos destrozado sus filas y las cabezas cortadas y las hachas yacen desparramadas por el suelo. La batalla está casi ganada.

Boreas lucha a mi lado, abriéndose camino por el enemigo con una determinación pausada y precisa, partiendo escudos y cabezas. Me limpio la sangre de la máscara dorada y me doy cuenta de la sincronía de nuestros movimientos.

—¡Victoria y honor! —grito. Él me responde levantando el martillo.

Respiro una bocanada de aire impregnada de humo y miro en derredor. Una torre altísima se vislumbra a través de la cortina de humo un poco más adelante en el puente, moteada por unas ominosas luces carmeses.

—¡No estamos en el Crisol de Sangre! —le grito a Boreas—. Debemos terminar esto cuanto antes y averiguar dónde nos ha dejado la tormenta.

Boreas mira detenidamente la lejana torre.

—Tú tienes ojos en el cielo, Lord-Celestant.

Asiento con la cabeza y alzo la vista al cielo oscuro.

—¡Drusus! —grito al mismo tiempo que desvío un golpe. Devuelvo la vista al frente. No me llega ninguna respuesta, así que continúo luchando mientras busco entre las nubes del cielo a mis Prosecutors.

La luna está aún más baja y su inexplicable presencia me desconcierta. Es imposible que una esfera tan grande y deslumbrante esté tan cerca de la superficie. Su proximidad altera el puente y la estructura se balancea de una manera tan violenta que las aves se sueltan de él y salen lanzadas al cielo; las cadenas se agitan como serpientes.

—¡Lord-Celestant! —grita una voz.

Distingo la figura dorada de Drusus sobrevolándome.

La luz divina ilumina sus alas cuando se abate en picado a través de la cortina de humo seguido por los heraldos de la muerte de Sigmar. Ni siquiera las facciones inexpresivas de su máscara consiguen ocultar su entusiasmo.

—¡Ve a ver qué sorpresa nos reserva el puente! —le grito, señalando con el martillo las sombras que se alzan delante de nosotros.

Drusus asiente con la cabeza, pero permanece encima de mí, luchando para no ser arrastrado por una nueva tormenta que ha estallado de repente.

—¡Lord-Celestant! —grita, apuntando con uno de sus martillos los fragmentos que salen volando del puente—. ¡La luna está cayendo!

Antes de que pueda responderle, un grupo de segadores sangrientos me rodea; todos ellos empuñan unas hachas que son más altas que yo y no dan muestras de haberse percatado de las bajas que han sufrido. Cargan hacia mí como unos borrachos pendencieros.

Mientras me preparo para recibirlos, percibo algo en el aire: trazas de la ira de Sigmar envolviéndome y crepitando en mis articulaciones, respondiendo a mi fe. Levanto el martillo de guerra hacia las nubes y profiero un juramento.

Los segadores sangrientos saltan sobre mí y mi armadura resplandece con luz blanca, encendida por los vestigios de la tempestad de Sigmar. *Grius* entra en erupción cuando lo descargo entre mis pies.

Suena un trueno y una ráfaga de luces impacta en mis atacantes. Echan sangre por la boca y el dolor les hace arquear sus espaldas rotas.

—¡Hacia las torres! —bramo mientras salto por encima de los cuerpos agonizantes de mis víctimas hacia la multitud. No sé qué ha visto Drusus, pero la batalla casi ha concluido y debemos avanzar.

Mi salto me eleva más de lo esperado y tengo una extraña sensación de ligereza. Tardo varios segundos en aterrizar sobre el puente. La batalla es encarnizada, pero la mayoría de los segadores sangrientos están muertos y los demás huyen atropelladamente, así que ordeno a mis unidades que recuperen la formación para la ofensiva final. Acabaremos esto con la misma dignidad con la que lo hemos comenzado.

Aún estoy a unos cuantos pasos de la falange cuando mis pies vuelven a elevarse del suelo y mi rostro se alza al cielo.

Unas carcajadas demenciales desgarran el aire mientras trato de agarrarme en vano a cualquier cosa. Docenas de aves se liberan del puente y remontan el vuelo hacia el cielo azabache. Todo el puente se sacude espasmódicamente.

Giro en el aire agitando brazos y piernas. Veo que algunos de mis Liberators se han derrumbado sobre las rodillas mientras los demás ascienden por el cielo como yo.

—¡Lord-Celestant! —grita Drusus desde algún lugar indeterminado próximo a mí—. ¡La luna está demasiado cerca!

Una mano dura como el hierro me apresa el cuello y veo que uno de los enardecidos guerreros ríe enloquecidamente mientras se eleva a mi lado, varios metros sobre el puente. Arremete con su hacha contra mi cara.

La nauseabunda sensación de ligereza enlentece mi reacción. Levanto a *Grius*, pero a duras penas consigo bloquear el golpe y el hacha me golpea el gorjal. La bendita sigmarita resiste la acometida, pero continuamos ascendiendo en espiral por el aire.

El segador sangriento aún me agarra el cuello y hacemos una pirueta que nos envía hacia las convulsas brasas. Su aliento apesta a muerte, sus músculos curtidos están embadurnados en sangre y su yelmo abollado está pintarrajeado en honor al Dios de la Sangre. Tengo su cara lo suficientemente cerca para ver que está apergaminada, que tiene los labios secos como los de un cadáver y los dientes negros. Está demasiado pegado a mí y no puedo levantar el brazo con el martillo, así que le estampo el mango del arma en la cara y le rompo la nariz. Pero él sigue riendo a mandíbula batiente mientras subimos por el cielo.

Entonces pronuncia unas palabras que entiendo:

—¡Vuelve volando a casa! —dice con una repugnante voz gangosa. Suelta un gruñido de mofa e intenta empujarme, pero mi velocidad no me ha abandonado del todo y logro agarrarme a su hacha antes de que la tormenta me engulla.

La enloquecida criatura está tan rabiosa que no suelta su preciada arma, de manera que deslizo mis dedos por ella y me agarro a su brazo con una mano mientras con la otra levanto a *Grius*. El martillo impacta de lleno en su cabeza y oigo el crujido de su cuello partido. Su cuerpo sin vida se relaja sujeto por mi mano.

Me doy la vuelta colgado del cadáver y obtengo una atroz vista de pájaro de la batalla que está desarrollándose abajo. Docenas de Stormcasts ascienden desde el puente, que sigue agitándose frenéticamente. Solo los paladines pesan demasiado para no salir volando de él. La mayoría de los segadores sangrientos han muerto, pero los que aún viven aúllan como en un estado de éxtasis mientras la luna nos priva de nuestra victoria. Finalmente comprendo el significado de una cosa que me ha perturbado desde que reparé en ella: los segadores sangrientos están encadenados al puente.

—¡Las cadenas! —grito mientras agarro la que sujeta al cadáver y la enrolló a mi pierna—. ¡Drusus! —Los veo a él y al resto de los alados

Prosecutors arremetiendo con sus martillos de relámpago contra el enemigo—. ¡Las cadenas! ¡Átanos al puente!

Drusus me mira y noto el desconcierto en sus ojos, pero entonces asiente con la cabeza y hace señas a su unidad para que se pongan manos a la obra. Los Prosecutors se zambullen entre los Stormcasts que vuelan a la deriva y devuelven al puente a todos los que pueden. Nuestro ordenado ataque se ha convertido en una algarada aérea. Mientras los Prosecutors de Drusus tratan de atar las piernas de sus camaradas con las cadenas, los segadores sangrientos que quedan en el puente reparten hachazos a diestra y siniestra y los abaten.

La cabeza me da vueltas mientras veo a los Liberators que ascienden como rayos a través de las nubes, atrapados por la tormenta lunar y arrojados a los cielos. La luna está tan cerca que el aire gruñe bajo su increíble masa.

Drusus y el resto de los alados Prosecutors atan al puente a docenas de Stormcasts, pero los demás desaparecen con un destello, como cometas reclamados mientras ascienden a toda velocidad hacia el firmamento. Mis Stormcasts están furiosos cuando abandonan este mundo. Bullo de ira mientras la tormenta me hace girar cada vez más rápido.

Los rechinamientos de la luna se vuelven ensordecedores y retumban en mi cabeza ensangrentada, hasta el punto de que creo que va a explotarme.